

Una carta pastoral

Del ilustre reverendo Craig W. Loya
Obispo X, Iglesia Episcopal de Minnesota
6 de noviembre de 2020

A todos los amados de Dios en Minnesota:

La gracia sea con ustedes y la paz de Dios nuestro Creador y el Señor Jesucristo.

En este día del Señor, nos reunimos en el despertar de una de las elecciones presidenciales extremadamente más divisorias en la historia de nuestro país. Hemos sabido ya por algún tiempo que cualquier resultado será una desilusión penosa para la mitad de la población, incluso para muchos, muchos minesotanos.

Los discursos en los medios populares nos han hecho creer que existen dos estadounidenses: el rojo y el azul. Sin embargo, la historia verdadera no es tan simple. El mapa electoral no es la única rotura en la tela de la vida nacional. Los desafíos del 2020 han expuesto un red laberíntica de abismos que trascienden todas las líneas sociales, económicas y raciales, sólo por nombrar algunas. Después de que se cuenten los votos, seguiremos siendo una nación profundamente dividida.

En su segunda carta a los corintios, el apóstol Pablo nos recuerda que “Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (2 corintios 5:19). Jesús repara la grieta entre nosotros y Dios, y como discípulos bautizados, el Espíritu nos envía para ser los reparadores de la grieta con Dios. Una de las señales de la actividad del Espíritu Santo en el mundo es cuando se cruzan las líneas divisorias de todo tipo, y la exclusión se convierte en una acogida. Nuestra misión es unirnos al Espíritu en esa labor.

Pero no se equivoquen: la reconciliación a la que se nos invita a trabajar no es un mero compromiso. No es llegar a un acuerdo de paz fácil con las fuerzas del mal que son reales en nuestro mundo. No es simplemente aceptar que disentimos y pretender que no nos hemos herido unos a los otros, o que los cristianos deben revisar la plaza pública en la puerta de la iglesia. La reconciliación a la que se nos llama es sobre invitarnos unos a los otros a acoger la política de Jesús. La política de Jesús no es roja ni azul. La política de Jesús es aceptar a los pobres, amar a nuestros enemigos, alimentar a los hambrientos, levantar a los oprimidos, reformar las estructuras injustas de la sociedad, buscar lo mejor para los otros, en lugar de insistir en que se hagan las cosas a nuestra manera, ignorar los límites de la exclusión social, desafiar nuestra hipocresía que gira alrededor de nuestros propios intereses y aquella de nuestros líderes religiosos y civiles, hacer un espacio en el centro para aquellos que han sido empujados a los márgenes. Esas son las cosas que hizo Jesús en realidad. Estas son las señales de lo que significa ser sus seguidores en el mundo.

El tipo de reconciliación que Pablo conocía, y a la que nos exhorta, es la que sucede cuando permitimos que nuestros deseos egoísta, la exigencia en nuestro propio camino, nuestros compromisos idólatras con la identidad nacional o con el partido político, sean crucificados con Jesús, para que despertemos a una nueva vida en el abrazo eufórico del amor de Dios. Puedo decirles por propia experiencia que esta muerte y resurrección es la única manera en la que podemos ser verdaderamente libres.

Nuestro mundo pide a gritos en cada esquina conocer y sentir ese amor liberador, que concede la vida.

A medida que el 2020 llega a su fin, muchos de nosotros nos sentimos ansiosos sobre el futuro de nuestra amada y antigua Iglesia Episcopal. Aunque podemos estar seguros que Dios siempre tendrá la Iglesia que necesita, el futuro de nuestra ramificación dependerá en gran medida de si estamos dispuestos a comprometernos con el camino de Jesús de amor con una pasión feroz y única. Ese amor, y sólo ese amor, tiene el poder de enmendar la tela rasgada de nuestra vida en común. El mensaje de Jesús siempre será cautivador para el mundo, pero sólo cuando sus seguidores vivan la política de amor con integridad y autenticidad radicales.

Eso, hermanos amados, es el trabajo que se encuentra frente nosotros. Así como nos reunimos hoy y todos los días ¿estamos dispuestos a que se crucifiquen junto con Jesús nuestras propias preferencias, nuestros propios deseos, nuestra lealtad a cualquier cosa que no sea de Dios? ¿Estamos dispuestos a amar a nuestros enemigos, a buscar el bien para los otros, a aceptar a los millones de cada lado de las elecciones que son pobres y están oprimidos, a arrepentirnos de la manera de nuestra instituciones, incluso de nuestra propia iglesia, en la que colaboran con la mentira de que algunas vidas valen más que otras? ¿Estamos dispuestos a donar nuestros propios y cómodos bancos para que alguien tenga un lugar en la mesa del Señor?

Los próximos meses y años seguirán estando llenos de divisiones y desafíos. Desde mi perspectiva, no hay nada más importante que podamos dar a nuestra vida que unirnos en el proyecto del Espíritu de sanar con amor al mundo hiriente y dividido. Rendirnos y entregarnos a ese amor es el camino hacia la vida eterna, abundante y verdadera. Demos gracias a Dios por haber sido invitados a realizar ese trabajo. Demos gracias a Dios por habernos dado el regalo de nuestros prójimos como minnesotanos episcopales. Demos gracias a Dios por cada uno de ustedes, que son preciados, estimados y amados mucho más de lo que se pueden imaginar.

Atentamente con amor,



El ilustre reverendo Craig W. Loya
Obispo X
La Iglesia Episcopal de Minnesota